

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

UNA CUESTION BASICA

DISCREPANCIA Y PATRIOTISMO

UN ayudante del presidente Nixon, que fue su encargado de relaciones públicas durante la fracasada elección de gobernador de California, Bob Haldeman, y es ahora su jefe de estado mayor político en la Casa Blanca, ha protagonizado un grave incidente televisivo al referirse a los objetores y críticos del plan Nixon para la paz en el Vietnam. Le preguntaron ante la pantalla, qué opinaba de las numerosas personalidades —demócratas y republicanas— que discrepan abiertamente del programa enunciado por el presidente por encontrarle utópico y por consiguiente, demagógico y destinado, en definitiva, al consumo interno electoral norteamericano. Haldeman, sin pensar lo más, calificó a estos críticos como gentes que ayudan abiertamente al enemigo en el curso de una guerra. De ahí a imponer el adjetivo de «traidores», existe corta distancia. Como el interlocutor recordara al iracundo nixonista que entre estos discrepantes se hallaban varios prestigiosos senadores, Haldeman siguió adelante y ratificó su juicio, sosteniendo que favorecían sin duda al adversario en el curso de un conflicto armado en el que se hallaba envuelto su propio país.

El problema planteado por esta polémica que ha enardecido pasionalmente a liberales y conservadores es, en realidad, una cuestión básica que afecta a la existencia y a la supervivencia del sistema democrático en Norteamérica o en cualquier otra parte del mundo libre. La tentación perenne de quien ejerce el poder, sobre todo en circunstancias conflictivas graves, es silenciar las voces de los que disienten. En una farga y espumosa negociación como es la de solucionar políticamente la ingerencia militar norteamericana en Vietnam, es evidente que las opiniones distintas y adversas a la voz del interlocutor oficial de Washington, proporciona argumentos a Hanoi, a Moscú y a Pekín que pueden entorpecer o endurecer la negociación. Pero el principio que aquí está en juego no es éste, sino el de saber, si en el Estado moderno, agobiado por las complejidades de su propia naturaleza y de la sociedad industrial desarrollada, cabe autorizar con el silencio y la pasividad, las iniciativas políticas del gobernante, invocando razones de interés público. La sensibilidad norteamericana es grande y alérgica sobre el tema. Y no es patrimonio exclusivo de los pacifistas a ultranza, o de los adversarios partidistas la exigencia de que exista un foro de las discrepancias. Es algo que entraña profunda y visceral decisión que condiciona el ejercicio mismo del Poder en el sistema democrático. El propio presidente Nixon lo reconoció así a las pocas horas del ataque de su colaborador, apelando por radio al país, en un nuevo resumen de su mensaje sobre política internacional, «Yo ruego a los que disientan que no entorpezcan inconscientemente mi tarea negociadora, ya de por sí ardua,

con el exceso de su crítica hacia mi programa pacificador. Pero, por supuesto, sin interferir de ninguna manera en su derecho de discrepar abiertamente de mis actos de gobierno», vino a decir.

Lo del patriotismo es un cómodo refugio para justificar despotismos. Se empieza por declarar incursos en eso amor a la patria a quienes en materia grave —como lo es la guerra indochina— se enfrenta con la política presidencial. Pero una vez establecido el anatema es casi imposible detener la cascada de excomuniones menores. Son «malos patriotas» quienes opinen contradictoriamente sobre cualquier acto de política exterior; relaciones con Cuba o con Chile; desarme nuclear; Oriente Medio o Mercado Común y de ahí se pasa insensiblemente al ámbito interior. El orden público, las «panteras negras», los problemas raciales, el fermento universitario, los grupos subversivos, todo puede ser materia —y lo viene siendo— de acusación «antipatriota». Por ese camino se llega al «mac-cartismo» con muy breves pasos y se comprende que el fantasma de una nueva compañía de inquisición y exterminio de brujas comunistas haya despertado inmensos reflejos de autodefensa en la gran República de la Unión.

Como antes ocurrió con el llamado asunto de los papeles secretos del Pentágono, lo que se ventila aquí no es la circunstancia, sino la esencia misma de la convivencia libre democrática. Y ello plantea quizás el punto fundamental de la filosofía de un sistema político. Hay quienes coleccionan leyes constitucionales como si fueran entomólogos del derecho público con ánimo comparativo y ejemplar: «no está tan lejos esto de lo otro» —dicen—. «Ese texto me recuerda a aquel otro que tenemos en casa». Pero lo importante de las armazones legales sobre las que se asienta el instrumento del poder y de la coexistencia de las diversas fuerzas sociales de una nación no se basa tanto en el rigor de los textos como en el propósito de su interpretación, es decir, en la idea que los inspiró. La Constitución de Filadelfia se propuso levantar un edificio público bajo el que pudieran convivir en paz gentes de diverso origen, raza, religión y credo político. Con altibajos y dificultades, muchas veces enormes, han conseguido que la construcción siga en pie y que continúe funcionando al cabo de dos siglos. Tuvieron que afrontar durante ese período fuerzas exteriores; sacudidas sociales, crisis económicas, asesinatos de presidentes y una tremenda guerra civil. A nadie se le ocurrió, sin embargo, hacer el inventario de las desgracias sufridas en doscientos años para echarle la culpa al sistema. Más bien buscaron el camino de salvaguardar lo que de permanente había en el seno de la Constitución adecuándola, de hecho, a la mutación de los tiem-

pos. La defensa de los derechos individuales y de las libertades públicas es debate que predomina de modo perenne y proporcionalmente al Tribunal Supremo materia abundante para la hermenéutica constitucional. En doscientos años, Norteamérica ha realizado el milagro de no conocer el despotismo, ni la experiencia pública del poder personal, caso único e insólito en el gran continente de las dictaduras.

James Reston escribe: Disentir, disentir honradamente ¿es un acto antipatriótico? ¿A dónde iría a parar nuestra Constitución, si oponerse al presidente de la República, es oponerse a la nación? El jefe del poder ejecutivo domina los medios de comunicación masivos con gran facilidad. Tiene las ventajas, de la iniciativa, de la fuerza que da el ejercicio del poder y de la que supone el acceso privilegiado a las informaciones más reservadas que en buena parte se ocultan al antagonista político. ¿Qué se quiere? ¿Que además de todas esas superioridades, callen su boca los opositores a los que encima se tacha de malos patriotas? Se vendría entonces abajo, el entero equilibrio del mecanismo institucional del derecho público.

Parece a algunos que ese prurito insistente que defiende la subsistencia de los derechos ciudadanos básicos en los Estados Unidos —el derecho a disentir, el derecho a estar informado— pudiera poner en peligro los intereses generales del país, tan comprometidos con frecuencia dado su inmenso y extendido poder y su presencia militar, casi universal, en el mundo. Y sin embargo el americano medio sabe que no es capricho vano, ni obsesión liberal ideológica lo que inclina a una gran mayoría de personalidades y de fuerzas sociales de ambos partidos, a mantenerse imparciales en la vigencia de los principios que son el cimiento mismo de su vida pública y que no deben dejarse periclitarse en la gigantesca pleamar demográfica que representa la sociedad industrial de masas. Disentimiento responsable e información veraz son dos polos entre los que gira el dinamismo plural de una sociedad libre.

«El patriotismo no consiste en aplaudir incondicionalmente las iniciativas del presidente, sino en mantenerse leal al espíritu del país a que se pertenece», escribía Abraham Lincoln. Una nación es sobre todo un alma, una manera de pensar y de ser. La «american way of life» no se concibe si no está inspirada por las libertades políticas y por el contraste o control que la sociedad ejerce sobre los gobiernos. Que no otra cosa es en definitiva la esencia de la democracia.

José María de AREILZA

DOLORES

EL REUMA Y LOS VIUDOS

CADA cual hace con sus propios «dolores» lo que buenamente le parece, desde luego. Hay quien se aguanta y los calla, y hay quien prefiere «contarlos», si encuentra a alguien capaz de oírle. Los poetas, por ejemplo, son muy aficionados a explicar su aflicción personal. No todos, claro. Don Joan Maragall estaba en contra de estas expansiones: nunca fue partidario del «dolorismo» literario. No sólo lo consideraba indecente, sino opuesto a la higiene pública. Maragall llegó al extremo de recusar como «inmoral» todo lo que atentase contra «la fe en la definitiva bondad de la vida», y a partir de un principio tan curioso, es lógico que desconfiase del «dolor» traducido en escritura. Si existe algo que pueda hacernos dudar de la «bondad de la vida», es, por supuesto, el «dolor» en cualquiera de sus formas. Eso salta a la vista, y supongo que todos estaremos de acuerdo. Don Joan hacía unas cuantas salvaduras: el Libro de Job, la «Commedia», los trágicos griegos, son papeles en los que el «dolor» obtiene formulaciones de una ferocidad monumental, pero también son excelentemente sublimadas, y, a la larga, pueden servir para que el lector se resigna a padecer lo suyo y crea que sus molestias personales no desmienten la hipotética «bondad» de su supervivencia... Sea como fuere, no cabe duda de que, en la historia de la literatura, abundan los poetas que han convertido sus «dolores» en materia de verso.

No todo «dolor» resulta admisible para un poema. Este es un hecho digno de reflexión. El reuma, pongo por caso, difícilmente puede convertirse en tema de elegía. Digo el reuma, pero podríamos sacar a colación otras inclemencias del cuerpo: de las muelas, del páncreas, de la espina dorsal, de la próstata, de lo que fuere. Es posible que haya alguna pieza lírica que recoja, con empaque y altura de ánimo, una de estas calamidades físicas de la ciudadanía. Yo no la recuerdo. Quizá los humanistas del XVI, que solían sufrir de gota y en conse-

cuencia se inclinaban al estolicismo, redactaron alguna cosa en este sentido: una digna declaración latina sobre las torturas de la podagra aún puede pasar. Pero ¿el reuma? Ni el reuma ni nada, en definitiva. El cuerpo humano no es «poético». Sólo lo es —¡alto!— cuando es joven, sano, esbelto, calipiglo: apetecible. Es el «apetecedor» quien acostumbra a fabricar los versos adecuados al caso: el objeto del madrigal —la muchacha en la plenitud de su lozanía, verbigracia— no experimenta ninguna inclinación a versificar las delicias de su propia anatomía. La única anécdota de «autismo» erótico que vale la pena recordar es la de Narciso, y tampoco —después de Ovidio, o, si se quiere, de Rois de Corella— merece mucha atención...

No: el organismo humano no es «poético». El reumático no confecciona poemas con su reuma. No halla manera de darle «lirismo» a su dolencia. En las obras completas de la condesa de Noailles no se advierte ni una sola alusión a las varices que arrastraba aquella señora. Los cólicos hepáticos de Horacio, de Garcilaso, de Rilke, transcurrieron fuera de las letras. ¿Y qué decir de las inflamaciones de vesícula biliar que padecieron el Petrarca, Ronard y Puschkin?... Acabo de inventarme los diagnósticos retrospectivos, pero todo hijo de vecino lleva su «reuma» a cuestas, a partir de cierto momento, y los grandes nombres evocados no quedaron exentos del correspondiente «dolor». El hecho de que no lo mencionen cuando escribían certifica lo que digo. Hay «dolores» que no son poéticos, insisto. Son la mayoría: los del cuerpo. Otro asunto sería el hecho de que una enfermedad condicione el sentido de la obra literaria del paciente. Y otro, la angustia de sentir próxima la muerte. Para los poetas, la muerte no necesita ser próxima —inminente— para facilitar palabras patéticas a los poemas. La muerte es casi un «tropo», desde hace siglos. No hay que engañarse acerca del particular...

La enfermedad «condicionante» se presta a

suposiciones inquietantes. Los grandes tuberculosos del Romanticismo —Shelley o Bartrina, Verdaguier o Bécquer, y los demás— ¿serían lo que fueron, de no mediar el bacilo de Koch? ¿Y qué decir de la cojera de Byron? ¿Y el asma de Proust?... Me limito a señalar episodios archiconocidos, de carácter expresamente somático. Las perturbaciones «psicológicas», o simplemente «psíquicas», ya son otro cantar. Estas han obtenido más atención después de Freud y sus ayudantes. Los «complejos» pueden justificar muchos detalles importantes. Demasiados. La penetración freudiana y postfreudiana en el campo de las interpretaciones literarias no ha sido dramáticamente desoladora porque los encargados de cumplirla carecían de imaginación. De haberla tenido, no quedaba «titeré con cabeza». La «literatura» entera se habría puntualizado en una especie de museo de cera de depravados sexuales. Hay que reconocer que por ahí hay, en trámite, mucha razón. No es necesario invocar los casos de Leonardo, Miguel Ángel, Sade, Gide o Miller, o los de Víctor Hugo, Poe, Kafka, Pavese. El hipogastrio cuenta mucho: mucho más que el hígado, las coronarias o las meninges, a la hora de hacer literatura. La pluma forma parte del aparato genital, en una cantidad considerable de casos.

La poesía, en realidad, es competencia de los viudos. Los «dolores» del cuerpo, obviamente no poéticos, entran en otros dominios literarios: el drama, la novela, el sainete. El epiléptico Dostoievski creó la epopeya de la epilepsia a fuerza de folletines, y Stendhal hizo otro tanto con los altibajos —en «De l'amour» habla de «cristalizaciones»— de su apetito genésico. El «dolor» del viudo ya es un dolor del alma. O del ánimo. Y eso sí que es «lirico». Si pongo por delante a los viudos es por un motivo personal, absolutamente subalterno. Yo, de joven, más bien «de muchacho», antes leí «La amada inmóvil» que las «Rimas» de don Gustavo Adolfo. «La amada inmóvil» es un libro de versos

cuyo autor, Amado Nervo, consiguió un cierto prestigio en los años 30. El había muerto en 1919, pero su popularidad perduró hasta mi tiempo. A Nervo se le murió su señora. Me temo que no fuese muy legítima. Eso es secundario, en definitiva. Lo importante, a efectos de lo que vamos hablando, es que su «dolor» —dolor de viudo— sí que podía estipularse en verso. Esa impresión me produjo, entonces. Con un poco más de experiencia de lector, confirmé que era así: siempre, o casi siempre.

Los versos a Laura, o a Amarilis, o a Teresa, o a Beatriz, todos, eran «versos de viudo». La «viudedad» admite diversas opciones. La literal se refiere a la defunción de la esposa del interesado. Luego aparecen otras. La novia frustrada es una. Según tengo entendido, ni Dante se casó con Beatriz, ni el Petrarca con Laura, ni Ausias con Teresa. Cuando don Ramón de Campoamor escribió aquello de

*las hijas de las madres que amé tanto
me besan ya como si fuera un santo,*

se confesaba «viudo» en perspectivas poligámicas. Esto, y no el reuma, es la lírica. La lírica es mucho más que eso, naturalmente: la primavera con sus jilgueros y sus flores, el dulce caso en la marina, la seguridad priápica, las oraciones a la Divinidad, el folklore paternofamiliar, los otoños melancólicos, los gritos de protesta, social o no. Pero, sobre todo y ante todo, la poesía es un asunto de «viudos», en su proyección más estricta: la que se basa en el «dolor». El «dolor» poético, lírico, es el antireuma. Con los dolores de la nalga, de la rodilla, del lomo, del bazo —o del brazo—, del riñón, de la vejiga, es muy difícil hacer versos. Un verso y un bazo, si hay «dolor» por medio, no tienen ninguna relación...

Juan FUSTER

VIAJES Y VACACIONES "SEMANA SANTA"

Salidas en Avión		
5 días — PALMA	2.950. Pts.	
5 días — IBIZA	3.925. "	
5 días — MAHON	4.250. "	
8 días — LAS PALMAS	9.525. "	
8 días — TENERIFE	10.025. "	
7 días — PARIS	6.985. "	
5 días — AMSTERDAM	9.622. "	
5 días — LONDRES	7.959. "	
9 días — NUEVA YORK	19.680. "	

200 Circuitos en autocar y estancias en MAR y MONTAÑA
Solicite folleto explicativo sin compromiso

ATLAS EXPRESO, S.A.
Agencia de Viajes Grupo A. TIT 95 - P.º de Gracia, 83. Tel. 215 00 00

CAMBIO ORIENTACION

LIQUIDACION

EXISTENCIAS DE MUEBLES

BALMES, 63 (Aragón-Valencia)